

Dado en nuestra residencia el 9 de Julio de 1890.

L. M., Cardenal Vicario.

SECCION III.—VARIEDADES.

La devocion a las Indulgencias parciales por las oraciones jaculatorias.

Numerosas son las devociones que actualmente se ofrecen á la piedad de los fieles. Sin embargo no tememos atraer la atencion sobre la devocion á las indulgencias parciales por las oraciones jaculatorias, porque ella encierra uno de los medios más fáciles para socorrer á las ánimas del Purgatorio; porque es eminentemente eficaz para obtener el don de la oracion, adquiriendo abundantes méritos; y en fin, porque en lugar de disminuir el fervor para otras devociones, al contrario, lo fomenta.

I. *Ella encierra uno de los medios más fáciles para socorrer á las ánimas del Purgatorio.* Léjos estamos de desconocer las ventajas de las indulgencias plenarias, supuesto que aconsejamos ganarlas cuantas veces se pueda; pero las indulgencias plenarias exigen ciertas condiciones algo difíciles de ejecutarse, como la prévia confesion y comunión, y además se designan determinados dias, y de ordinario no se ganan sino una vez por dia. Las parciales exigen condiciones ménos rigurosas, y por consiguiente, más fáciles de cumplirse. Gran número de ellas se ganan con la recitacion de oraciones muy cortas, ó jaculatorias, ó arranques del corazón hácia Dios: no hay necesidad de confesión ni comunión, ni visitas á Iglesias. Pueden recitarse de rodillas ó de pié, sentado ó andando, acostado ó durante las oraciones públicas, trabajando ó divirtiéndose, y aún hasta comiendo y bebiendo; y no pocas hay que se pueden ganar muchas veces cada día, y hasta miles, sin distraerse

de sus ocupaciones habituales. Ejemplo. Hay una indulgencia, como muchas, de 7 años y siete cuarentenas, ó sean 2,835 dias por recitar los actos de las virtudes teologales. Puede elegirse el modo, no importa la forma, con tal que exprese el motivo especial de cada virtud. Ved una oración cortísima, y riquísima por las indulgencias que contiene: "Dios mío, creo en vos, porque sois la verdad misma; espero en vos, porque sois infinitamente bueno; os amo con todo mi corazón porque sois soberanamente amable; y amo á mi prójimo como á mí mismo, por amor de vos." En poco tiempo puede recitarse cien veces, y en consecuencia ganarse 283,500 dias de indulgencias. Otro cálculo igual podríamos hacer por la recitacion del Santísimo Rosario y otras tantas oraciones. Gánense pues, cuántas indulgencias se pueda; y sin que se entienda que queremos que se dé la preferencia á las parciales; solo reclamamos para éstas últimas, los momentos perdidos, aquellos en que en poco tiempo se puede dedicar á la oración, los en que las atenciones de un trabajo intelectual ó material, los trabajos del viaje, de la mesa, ó recreaciones no permiten emprender una oracion más larga. Poco tiempo se necesita para decir: "Dulce corazón de Je-ús, sed mi amor." "Dulce corazón de María, sed mi salud;" y con tan pocas palabras, ved 235 dias de indulgencias que descenderán como benéfico rocío sobre las almas del Purgatorio.

II. *Es eminentemente eficaz para obtener el don de la oracion y adquirir méritos abundantes.* Lo que en esto hay de agradable es que tal devocion, enriqueciendo á los difuntos, es para nosotros manantial de grandes bienes, de numerosos méritos y de mil bendiciones.

Una de las gracias más señaladas que una alma pueda obtener, es el don de la oracion; con ella, posee ya el manantial de todas las gracias y el medio de practicar todas las virtudes. Nos dicen los autores ascéticos que el don de la oracion se obtiene, se conserva y desarrolla por la práctica asidua de la recitacion de oraciones jaculatorias. Mas tal prác-

tica, formando hábito, necesita enraizarse con actos repetidos. Como regla general, las almas que aspiran á la piedad, para hacerlas producir los mismos actos, necesitan un estimulante; y para la debilidad del espíritu humano, ninguno mejor que la práctica frecuente de oraciones jaculatorias, que es tan fácil, que puede adquirirse sin dificultad, y que no es difícil se conserve en la memoria. La devocion de las indulgencias parciales, subministra este estímulo: el deseo de socorrer á las almas de los difuntos, impele, mueve, estimula á repetir frecuentemente las oraciones con las que se ganan las indulgencias, contrayéndose así uno de los hábitos más recomendados por los Santos, progresando, lentamente, pero con seguridad, teniendo y guardando el recuerdo casi permanente de la presencia de Dios.

El mérito es el resultado de los actos virtuosos; mientras más perfectos sean estos, y más numerosos, mas grande será la recompensa. La perfeccion del acto, resulta de los motivos que lo han inspirado. La oracion jaculatoria enriquecida con indulgencias, presupone ordinariamente un acto de adoración, la oracion, un acto de amor hácia Dios y de caridad para los difuntos, cuyos tres actos, de adoracion, de amor y caridad fraternal, los renovamos á cada instante y millares de veces cada dia.

Calculad, si podeis, el desarrollo de la gracia santificante, el aumento del mérito y las gracias actuales, cosas todas que resultan de cada acto de virtud hecho en gracia, y que no podran menos que desarrollar y aumentar la devocion.

III. *Ella en nada perjudica á otras devociones, sino que al contrario, las favorece.* Cada devocion, en efecto, tiene sus oraciones indulgenciadas, de las que podrán adoptarse las que se quieran. Prefiriendo las que con ménos palabras tienen más indulgencias, se aumenta entónces, el caudal de gracias, con la ventaja de haber economizado el tiempo. Además, entre las jaculatorias indulgenciadas las hay, las unas que se refieren á la Santísima Trinidad y á cada una de las Divi-

nas Personas; á cada uno de los misterios de N. S. Jesucristo y los de la Santísima Virgen, á Sr. S. José, etc., y por todas las necesidades de la Iglesia, del Estado, y de las almas. En lugar pues de tomar aspiraciones á vuestra eleccion, ¿no es mejor escojer las que estan indulgenciadas, con aprobacion de la Iglesia, que no hay fatiga de decirlas, que hacen brotar las lágrimas, y conmueven los corazones?

IV. *Conclusion:* podemos terminar diciendo que la devoción á las indulgencias parciales por oraciones jaculatorias, está apoyada en los principios de la más sana teología: que entra en el espíritu de la Iglesia: que subministra un medio muy eficaz, fácil, y al alcance de todos, hasta de los niños, los ancianos y enfermos, por socorrer á las almas del Purgatorio: que es una fuente de inmensas bendiciones, de abundantes gracias, y de muchos méritos por el alma de quien lo hace. Es pues tal devocion, una obra de sabiduría, y de zelo adoptándola personalmente y propagándola cuanto sea posible. Los pequeños sacrificios que esto cueste, serán admirablemente recompensados aun aquí en la tierra.

EL EX-PADRE JACINTO.

M. Loyson.

Pronto estará en Perpiñan M. Jacinto Loyson, el orador laicizado, quien en el teatro municipal celebrará una conferencia teniendo por contrincante al abate Roca, canónigo honorario de Nuestra Señora.

Hé aquí el adversario que tendrá Loyson.

El P. Jacinto figuró mucho y ahora ha llegado á ser una caricatura. Vamos á tratar de retratarlo tal como es ahora.

Muy léjos, en Neuilly, en el boulevard Inkermann n.º 29, hay una casita de dos

pisos, blanca y limpia, precedida de un jardincito florido y coqueto.

Allí juegan los niños, unos diez ó doce, casi todos ingleses, educados por un gentleman distinguido, en compañía del hijo del mismo ex-padre Jacinto.

Una sala cuya ventana cae al jardín les sirve de escuela. Hay allí escritorios puestos los unos al lado de los otros, y sobre un caballote un pizarrón en el que se hallan escritos algunos cálculos algebráicos con indicaciones en inglés.

En el salón hay fotografías americanas representando las soberbias cataratas del Niágara y varios grabados que, gracias á Pablo Delaroché, pintor injustamente ignorado, hablan algo de religión.

Hay varios retratos antiguos y uno de ellos llama, sobre todo, la atención. Representa al P. Jacinto con un bebé robusto y sonriente en los brazos, su hijo.

No hay obras de arte, á no ser un medallón de yeso que representa el perfil acentuado del antiguo predicador de Nuestra Señora.

Se abre una puerta y penetra un hombre cubierto con un redingote negro, parecido al de un pastor protestante. Es M. Loyson.

Este personaje nos es bien conocido por haber sido expuesta en los aparadores su fotografía. Pequeño, con una gordura incipiente, lleva la cabeza derecha y cubierta con cabellos que comienzan á encanecer y que caen sobre sus hombros en largos bucles. Su frente es ancha, amplia y sin línea de demacración, lo cual hace reconocer al hombre de estudios.

La nariz ancha, hace pensar en el carácter de una voluntad contrariada; las mejillas largas, el cuello fuerte y la barba redonda, indican vigor.

Los ojos, cuyos párpados superiores están convertidos en dos bolsas, como los de aquellas personas que han llorado mucho, son pequeños, de un parpadeo continuo y súbitamente abiertos en los momentos de elocuencia, cuando la conversacion se anima.

Ha conservado la costumbre de mirar

al cielo con la pupila hundida en el blanco del éxtasis.

Su palabra breve, sonora y armoniosa es fácil, y las palabras obedecen con presteza al llamamiento de la voluntad.

Sus discursos está acentuados por gestos reiterados que son peculiares al orador.

Aquel de quien Lacordaire había dicho "Loyson me reemplazará" y que majestuosamente envuelto en su manto hablaba en el púlpito de Nuestra Señora del *fluido sabroso* del amor conyugal, se casaba el 3 de Septiembre de 1872 con la viuda Mersiman, una americana de unos 35 años.

Este hombre que había vivido hasta los cuarenta años en la austeridad monacal, se casaba en la Oficina del Registro Civil (Register of mariages) del Distrito de Marylebone en Londres.

No hay para que citar el escándalo suscitado por este matrimonio; ocurriese á este respecto una frase caritativa de Mons. Darboy; se le pedía que atacase con vigor al apóstata:

—¿Para qué tal rigor? contestó el prelado, ¿veis una víctima que agoniza y quereis que la hiera con el pié mientras está tendida por tierra?

Para llegar á su Iglesia de la calle de de Arras el predicador laicizado toma la tranvía.

Allí se le vé sobre el imperial acompañado de su mujer y de su hijo. Se recuerda el retrato que tiene en su salón con su regordete hijo en los brazos?

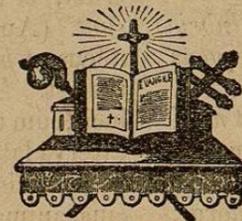
Sigamos al orador á la rara iglesia de la calle de Arras; es un rincón de París bastante ignorado.

Ciertamente que, si Rochefort ó Luisa Michel volvieran á la sala de Arras en donde presidían antes meetings populares, sin esfuerzo podrían reconocer el local que repercutió el eco de las aclamaciones que se les dirigieron.

El nuevo culto galicano, que no es rico, ha hecho muy pocas modificaciones; el altar, muy sencillo, de madera dorada á trechos, está bajo de una especie de cártel con la imagen del lábaro de Constantino.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, ENERO 8 DE 1891.

NUM. 49.

SECCION I.

En vista del decreto que sigue he dispuesto que se reimprima el siguiente *Exorcismo*, cuya recitacion frecuente recomiendo de una manera especial á todos los sacerdotes de esta Diocesis.

Guadalajara, Noviembre 21 de 1890.

✠PEDRO,

Arzobispo de Guadalajara.

EX AUDIENTIA SSMI.

Die 18 Maii 1890.

Ssmus. D. N. LEO. divina providentia PP. XIII omnibus Rmis. Episcopis, nec non Sacerdotibus ab Ordinariis suis legitime ad id auctoritatem habentibus, qui exorcismum supra expressum devote semel in die recitaverint, partialem tertentium dierum indulgentiam singulis diebus lucranda; iisdem vero per totum mensem id peragentibus, confessis, ac sacra Eucharistia reffectis, plenariam omnium peccatorum suorum Indulgentiam semel in mense, die eorum arbitrio designanda, pariter lucranda impertitus est: quam etiam animabus Christi-

fidelium in purgatorio detentis applicari posse declaravit. Praesentibus in perpetuum valituris.

✠D. ARCHIEPISCOPVS TYRENSIS.

S. C. de Propaganda Fide Secretarius.

EXORCISMUS

IN

Satanam et Angelos Apostaticos

IUSSU

LEONIS XIII. P. M.

EDITVS.

In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

Ps. LXVII.

Exurgat Deus et dissipentur inimici eius; et fugiant qui oderunt eum a facie eius.

Sicut deficit fumus, deficient; sicut fluit cera a facie ignis, sic pereant peccatores a facie Dei

Ps. XXXIV.

Iudica, Domine, nocentes me; expugna impugnantes me.

Confundantur et reveantur quaerentes animam meam.

Avertantur retrorsum, et confundantur cogitantes mihi mala.